

• TRANSICIONES •

Victor Alejandro Espinoza Valle



chicalnews@yahoo.com

La Europa perpleja

La principal impresión que tuve al visitar por primera vez España fue el no haber visto a niños en sus calles. Era el verano de 1988 y suponía que por tratarse del periodo vacacional los niños habían salido de la ciudad. Sin embargo, pronto la prensa comenzó a dar cuenta de una estadística singular: El número de salones que se reducirían en el ciclo escolar por falta de matrícula; peor aún, la cantidad de escuelas primarias que cerrarían por la misma causa. Para un latinoamericano eso era inconcebible. Una persona que recientemente estuvo por allá me hacía la misma pregunta: ¿Dónde están los niños?

Pese a las intensas campañas para promover la natalidad, las sociedades europeas siguen con el problema presente. Incluso en los países nórdicos, los papás tienen derecho a solicitar en sus empleos hasta un año para dedicarse a cuidar a su recién nacido.

Pero la otra cara del problema de la caída en las tasas de natalidad es el del envejecimiento de la población. Efectivamente, aunque tienen una amplia población de jóvenes, los que están en vías de ingresar a la llamada "tercera edad" o se encuentran en ella crecen de manera rápida. Si el panorama de una ciudad europea llama la atención por la ausencia de niños, también atraen las miradas las cientos de personas mayores que pasan la tarde en los parques y jardines charlando o jugando "petanka". Así, tanto la seguridad social como el sistema de pensiones representan un serio dilema para los europeos. La fuerza de trabajo envejece y no hay reposición por la vía de la natalidad. Aún más, los empleados deben soportar cada vez más los sistemas de retiro.

Ésas son las condiciones ideales para generar procesos crecientes de inmigración. La fuerza de trabajo joven comenzó a arribar con particular fuerza a Europa hacia finales de la década de los 80. Primero experimentaron la llegada de norteamericanos y después de la caída del Muro de Berlín en 1989, de los países del Este. Sin embargo, las colonias de latinoamericanos también han crecido. Así, países sin experiencia en inmigración y que fueron expulsores de mano de obra, como España, han visto multiplicarse a grupos étnicos de los cuales apenas tenían noticias. Son sociedades perplejas que apenas comienzan a saber lo que es convivir con "los otros". Los españoles experimentan sentimientos encontrados frente a los extranjeros. En muchos casos es el temor ante lo desconocido, en los peores afloran actitudes xenófobas y racistas. Pero también empiezan a comprender que la fuerza de trabajo inmigrante es necesaria para mantener los altos niveles de vida de las sociedades. Un reportaje del periódico El País, sintetizaba: "Dada su debilidad demográfica y el progresivo envejecimiento de su población, España, según la ONU, necesitará 12 millones de inmigrantes de aquí al 2050 para mantener la cifra actual de población y garantizar la supervivencia del sistema de pensiones. Los inmigrantes, según datos del Insalud, representaron en 2001 un tercio de los nuevos cotizantes a la Seguridad Social".

Así, mientras los estudios y los organismos internacionales muestran que las sociedades europeas requieren de inmigrantes no sólo para mantener la calidad de vida, sino para sostener a la población envejecida, la mayoría de los gobiernos mantienen la misma posición de rechazo y penalización que ha tenido Estados Unidos frente a la inmigración latinoamericana. En ocasión de la Cumbre de la Unión Europea que concluyó el fin de semana pasado en la ciudad de Sevilla y cuyo Consejo le toca presidir al presidente español, José María Aznar, algunos de los países integrantes, entre ellos España, pretendían impulsar el acuerdo de castigar a los países de origen de los emigrantes indocumentados. En virtud de las posiciones de Francia y Suecia, dicho acuerdo fue suavizado. Sin embargo, el tema está ahí sobre el tapete de la discusión de manera preocupante. Sabemos de la vulnerabilidad que genera entre los inmigrantes el que sean permanentemente castigados por el hecho de querer ganarse la vida en aquellos países en los que son requeridos sus servicios, aunque el discurso oficial diga lo contrario.

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.